

Viejas Postales Descoloridas

Por Federico Villoch

EL PARQUE DE SAN JUAN DE DIOS

(RECUERDO DE OTRO ROMANTICO)

SEÑOR Manolo Viada —Troca-
dero 156, Ciudad. Usted y el
amigo y compañero Massaguer son
unos viejos del año pasado; y en



vejez no ganan a este postalista hablando de la Plaza de San Juan de Dios y olvidando muchas cosas; y una de ellas, y de la más digna recordación, que en una de aquellas casitas de tejado allá por el año 87-88, vivía y tenía su gabinete, el que después fué notabilísimo dentista cubano, estableció en la Plaza de la Opera de París, doctor Oscar Amoedo; y que en la esquina de San Juan de Dios y Aguiar se hallaba la famosa funeraria de Ramón Guillot (sola vaya) y que frente a la funeraria, se encontraba la casona, sede del Gobierno Civil, en que residía Batista Primero, aquel modelo de Gobernador civil que trajo a La Habana el general Salamanca y que tanto influyó en el mejoramiento de las costumbres capitalinas, nativo de Regla e inseparable de su bomba de pelo estilo madrileño. Allí en la plaza de San Juan de Dios existía en aquel tiempo la casa de huéspedes de doña Altigracia, en que vivió el malogrado poeta Julián del Casal, antes de trasladarse a la librería de la viuda de Pozo a la calle del Obispo, donde permaneció hasta su muerte, acaecida en una comida de fiesta que daba la familia Lamadrid, calle del Prado. En la esquina de Empedrado y Aguiar se hallaba, o se halla aún el café «El Boulevard» que un día adquirió y mejoró notablemente José López, dueño del cine «Inglaterra». Y ahora descubramonos respetuosamente y cedámosle el paso a nuestro gran novelista Cirilo Villaverde: «El callejón de San Juan de Dios se componía —dice— de dos cuadras solamente, cerrado por un extremo en las paredes del convento de Santa Catalina; y por el otro, en las casas de la calle de La Habana. El hospital de San Juan de Dios que le daba nombre, y que por sus altas y cuadradas ventanas siempre dejaba salir el vaho caliente de los enfermos, ocupaba todo un lado de la segunda cuadra y los otros tres, casitas pequeñas de tejas coloradas y un solo piso, el de las últimas, en particular, más alto que el nivel de la calle, con uno y dos escalones de piedra a la puerta. Las de mejor

aparición de ellas eran las de la primera cuadra entrando de la calle de Compostela. Eran todas de un mismo tamaño, poco más o menos, de una sola ventana y puerta, ésta de cedro con clavos de cabeza grande, pintada de color de ladrillo aquélla, o de espejo ovalada y de balaústre de madera gruesos. El piso de la calle se hallaba en su estado primitivo y natural, pedregoso, y sin banquetas». En una de estas casitas, le decimos nosotros al lector, nació Cecilia Valdés para encanto y gloria de la literatura cubana.

También existía allí en aquella plaza, en los tiempos coloniales, el Palacio de la Diputación Provincial, en la que entre otras personalidades de la época figuraban como miembros de la diputación permanente, don Nicolás Rivero, Juan Pablo Toñarely, Bruzón, Ecay y otros, que tenían doscientos pesos mensuales de asignación. En San Juan de Dios hacían parada final los carritos urbanos de caballos de las líneas del Cerro y Jesús del Monte, y como en aquella época vivía el postalista en el segundo citado barrio, muchas tardes fué compañero de viaje de Manuel Sanguily y Manuel de la Cruz, que también vivían en aquel sitio, estaciándose al oír sus interesantes conversaciones y aprendiendo de ellas muchas cosas. En la esquina de Compostela y San Juan de Dios, en una gran casona, vivía la ilustre familia del doctor Julio de Cárdenas, y en ella vino a sorprendernos, una tarde, la noticia de su triunfo electoral que se daba por dudoso como Alcalde de La Habana, en el periodo presidencial del General Mario García Menocal.

Y vaya nuestra opinión sobre la Plaza o el Parque de San Juan de Dios, como quiera llamársele: el busto del inmortal autor del Quijote debe ser colocado en otro sitio que mejor cuadre a su grandeza, en los jardines del Capitolio por ejemplo, y el Parque debe desaparecer reemplazándolo una gran plaza para piquera y parqueo de los automóviles que circularán por aquellos alrededores donde el tráfico de las máquinas se hace cada día más dificultoso. Si, compañeros Viada y Massaguer, quisiera que no, el romanticismo tiene que ceder ante las realidades del presente; y quédense los postalistas, más o menos descoloridos para recordarlo, como este descolorido de la MARINA, recuerda ahora entre otras cosas de la Vieja Habana El Parque de San Juan de Dios.

M. Jul 20/47